

segundo crepúsculo de su vida. Una damita que, sin duda, ya sabe qué quiere decir «epitalamio». Una damita con unos ojos de esos que permanecen tranquilos como un lago olvidado hasta que el cisne blanco de alguna ilusión los inquiete en unas leves ondas. Una damisela que con el himatión sería frágil trasunto de aquellos barros de Mirina ó de Tanagra. Una damisela, en fin, que es necesaria para hablar del mozo artista y de la noche amable...

Yo no soy un técnico en asunto alguno. Escribo cuando un poco de sol me alegra ó cuando un poco de luna me entristece. Escribo cuando lo sentimental ó lo jocundo se quiebra en mí como un rayo de sol en una chispita de diamante. Soy ave de las frondas de Watteau y de los parques de Fragonard, no águila de las cumbres de Homero ni de las cresterías de Pindaro. Si desde mi rama sorprendo las dulzuras del arrullo ó los prestigios del color vibro como cualquier caramillo frigio. Mi canto es, únicamente, para los que se abandonan en desmayos de idealismos ó en insomnios de madrigal. No obedezco á fórmula alguna de arte más que en lo que libremente puede coincidir con ella. Si yo fuera músico yo compondría mis tonadas al modo libérrimo que un pastor de Arcadia... Si yo fuera poeta, mis versos fluirían como un arroyo saltarín ó como las magas licuaciones de las grutas de Mallorca. No aceptaría cauces ni regatos ni canalizaciones. Si yo fuera histrión, ningún comediógrafo me confiaría sus farándulas, porque seguramente no interpretaría los personajes según el encasillado del autor...

Soy, ó quiero ser, únicamente un sentimental, un mediterráneo. Mi vida de arte será siempre como la de esos pájaros errabundos que truecan de latitud cuando el calor les es propicio ó cuando los hielos les son ingratos... No puedo ser de otro modo ni puedo pasarme las horas enteras copiando como un clisé ó como un disco fonográfico todo cuanto se ha dicho referente á las perspectivas ó acerca de los rumores...

Por eso temblaba la otra noche al penetrar en el «Palau». Nunca había asistido á un concierto de piano y violoncelo. El violoncelo, no obstante, ya me era simpático al igual que me lo es el violón... El violoncelo es dulce, es francamente sentimental. Fué siempre el concurrente obligado en elegantes fiestas pretéritas. El violoncelo es á la orquesta lo que una preciosa veta á un jaspe. No estride como el cornetín, ni es callejero como el clarinete ni es mimado como el violín. El violoncelo es sereno, es reposado, es todo corazón, todo sinceridad.

Porque ello es cierto contrasta con su hermano mayor el violón... El violón es un hombre grave que pone su nota socarrona en todos los orquestales. Nunca ríe ni nunca muestra su presopopeya, pero él es jacosó y él es reflexivo. Cuando hay tristezas que acentuar, él espera el momento adrede para su intervención sombría. Cuando hay chascarrillos que robustecer, él permanece imperturbable, hasta que cree muy oportuno decir «la suya» con la fisonomía inalterable, con el gesto equilibrado... Sin él muchos temas carecerían de aticismo ó carecerían de autoridad. El violón es un burgués, alto, fornido, con una panza opipara, con el rictus completamente rasurado...

El violoncelo es un mozo robusto, sin atletismo, un poco barítono y un mucho pasional. El violoncelo es un paladín de Flandes que tiene una ternura rotunda para cada moza del pueblo y un madrigal exquisito para cada duquesa prestigiosa. El violón es un filósofo de la Enciclopedia, no sé si más excéptico que burlón ó si más burlón que excéptico. Suenan para subrayar una melancolía ó para concretar una reticencia...

Pero el violoncelo le excede en galanes encumbramientos. El violoncelo concurrió á las tertulias de la señora Pompadour, de la señora Du Barry, de la señorita Lespinasse, de la marquesa Lambert y á las de todos aquellos exquisitos que empolvaban sus pelucas y aspiraban un poquillo de rapé, acaso al tiempo de escuchar de boca de un abate alguna lascivia del Decamerón ó de sentir, al ritmo de un clavicordio, cualquier monería de Mozart... Y era ese violoncelo pasional lo que el apenas adolescente Ricart Matas acariciaba la otra noche, propósito de unas elegancias de Bach y de una preciosidad de Straus... La damita aquella que no era blonda ni bruna, sino el ocaso de lo blondo y el crepúsculo de lo bruno, sentía, sentía al tiempo que el artista flamante. Llevaba la damisela unas galas impalpables, unos crisantemos blancos y unos joyeles

vívidos. Sus manitas mórbidas orientaban unos anteojos hacia la figura del músico. Su busto joven suspiraba de vez en vez. Y yo creo que sus ojos, matizados como el Océano, alguna vez se quedaron fijos en no sé qué halagüeñas lejanías...

¿Puede aspirar un artista á algo más encumbrado que á lo de conmover á una mujer que empieza á serlo, con sólo contarle unas cosas de Bach y otras cosas de Straus... Yo creo que no. Si alguna vez he sido crítico, fué luego de saber qué opinión le merecía á una mujer bonita lo que á mí me parecía bello. Las mujeres, aún las superficiales, se dan cuenta de muchos pormenores que los hombres desdeñamos como insignificancias. Así, la otra noche amable, yo refrendé mi emoción de arte con la emoción que experimentara aquella damisela de abanico de Boucher...

Pero hubo aun otra nota de ternura en la velada camaril. El artista—muchos lo desearan—salió á la lucha en la santa compañía de su madre. Para los que vestimos el luto de una doble horfandad, es tema de envidia la idea de padre, y, sobre todo, la idea de madre. Ricart-Matas, por eso, podrá enorgullecerse, en sus futuras horas de triunfo, de que su buena madre fué su Verónica en la noche de su presentación artística. La señora Matas de Ricart, á su vez, podrá sentir siempre la bella soberbia de que fué la primera mujer que rimó cultamente con su hijo las ternuras de Juan Sebastián Bach y de Ricardo Straus...

Y, ahora, á París... Dicen que es el cerebro de Europa ese París luminoso. Yo creo que es también el corazón bohemio y la señorita Mimi del mundo entero. Visítela, pues, ese adolescente, encomiéndose á sus caricias y hasta á sus hostilidades y sueñe, sueñe con su violoncelo del siglo XVIII, con sus mecnas desmayadas, con todas las quimeras con que el arte regala á sus elegidos...

ERNESTO HOMS

Barcelona, la última noche de Octubre de 1912.

Cuestiones morales

Moralicemos nuestras ciudades

Mientras el elemento más sano de nuestras ciudades, la aristocracia espiritual, con una fe inquebrantable en la restauración de las buenas costumbres, sigue predicando la moral y fomentando el arte verdadero, una

masa considerable de pueblo se alimenta de conceptos erróneos, de bajas pasiones, de sentimientos innobles, de aspiraciones ínfimas, de materia y sentido.

Si bien los efectos no responden, en la

MOSAICOS • E • F • ESCOFET & C

Ronda San Pedro 8
Barcelona

Marmoles • Piedras • Maderas • Construcción • Decoración •

Joaquín Montaner

Sonetos — y Canciones

■ ■ ■

Un tomo de 64 págs.— Dos Ptas.
J. Horta, Impresor.—Barcelona 1911

práctica, al entusiasmo é intensidad de la propaganda y de la acción con que los elementos moralizadores trabajan para la reconstitución del orden moral en la sociedad, con todo, su apostolado es laudable y no dejará prosperar hasta tal punto la invasión del mal, que la conciencia social llegue á confundir las sagradas nociones de moral, de arte, de libertad y de progreso, con las realidades del vicio, de la pornografía, del libertinaje y del retroceso. Hay un marcadísimo interés en desnaturalizar estos conceptos, según lo prueba el empeño de no pocos ciudadanos, bajo otros aspectos, honradísimos, los cuales se esfuerzan en elevar los vicios más feos, abominables y antisociales á la categoría de virtudes, de manifestaciones estéticas, de condiciones para la prosperidad social. El cáncer más terrible que corroe las entrañas de la generación degradada, es, precisamente, el que produce como efecto inmediato la confusión de estas nociones, la refundición de conceptos y sentimientos antiestéticos. Pobre sociedad el día en que la conciencia ya no sepa distinguir el bien del mal, el arte de la pornografía, la delicadeza de la grosería pasional; entonces habrá desaparecido de ella todo elemento espiritual, todo carácter moral, todo principio de vida.

Moralicemos nuestras calles, moralicemos nuestros teatros, moralicemos nuestros cines y, estamos autorizados para exigirlo, moralicemos nuestras relaciones domésticas y sociales.

Nuestras calles.—La calle ideal es aquella en la cual cada ciudadano tiene conciencia de su misión, de su honradez, de su deber en tolerar ciertas expansiones honestas, lícitas, en respetar los derechos, las buenas cualidades y los bienes materiales de los demás. Es calle ideal aquella en la cual no se ofenden los buenos sentimientos de los ciudadanos honrados, profiriendo palabras sacrílegas y obscenas, mostrando formas indecorosas, exhibiendo caprichos ridículos y pueriles. Y, finalmente, es calle ideal aquella en la cual no se ven circular esas turbas de vagabundos que pasean su miseria fisiológica y moral, más bien que su miseria económica. La calle tiene un destino más elevado, una misión más noble; sirve para facilitar las comunicaciones, que tienen una finalidad útil para la vida; sirve para el ciudadano que busca una expansión, como justa compensación de sus fatigas y trabajos cotidianos; la calle es para el enfermo que necesita respirar aire más puro que el de su habitación.

Es un error, y error gravísimo y perjudicial para los intereses de la misma sociedad, el creer que hay derecho para ostentar, para exhibir en nuestras calles figuras y láminas provocativas, inmorales bajo todos conceptos, puesto que la ley moral no se concreta á uno ó dos preceptos del decálogo, sino que los comprende todos. No es lícito en una ciudad culta, enseñar gráficamente y por procedimientos intuitivos, la manera de ejecutar el mal, de practicar los vicios de burlar la autoridad paterna y social y en una palabra, de desmoralizar la sociedad.

Nuestros teatros.—Lo hemos dicho ya en otros trabajos de esta índole, que el teatro debe ser una escuela de costumbres y un medio para infiltrar dulcemente en las con-

ciencias la pasión de lo justo y de lo bueno, el sentimiento de belleza y de buen gusto. El teatro debe dirigir, como dirige una institución literaria y moral, que enseña y forma la inteligencia y el corazón. No debe ser dirigido por exigencias de mal gusto, inspiradas en bajas y groseras pasiones, que solamente pueden brotar de ciudadanos materializados y embrutecidos, que no comprenden las cosas del espíritu, no sienten el arte, no buscan más que la materia y el sentido.

Cuando el teatro tiende á excitar malas pasiones, á pervertir y corromper las costumbres, señala el nivel infimo de su decadencia moral, que á la vez es una prueba de la generación de un país.

Los empresarios, los artistas y el público, en general, padecen un error gravísimo respecto á la actuación de nuestros teatros. Suponen que el público indistintamente está preparado para recibir cualquier argumento ó sea que toda manifestación de una obra de arte será interpretada según el sentido espiritual que tal vez el autor quiso comunicarle. Hay una parte considerable de pueblo, que no posee la más elemental disposición para discernir el carácter y finalidad artísticos que puedan tener obras que les son presentadas en forma cruda y sensual. En realidad, semejantes artistas ejercen una acción contraria al espíritu que les lleva al escenario. Creemos que el arte, á más de arte, debe ser oportuno; es decir, debe ofrecerse en dosis que correspondan á la disposición del elemento más sano y más general del público. Todos sabemos los efectos desastrosos que la inoportunidad en las obras de arte puede producir en las facultades superiores y en las inferiores del hombre. Precisamente la generación actual se ve obligada á presenciar y asistir á un número fabuloso de enfermos de la mente y del corazón, víctimas de la imprudencia y de la temeridad en este punto.

Otra equivocación, tanto más dolorosa cuanto más trascendental, que sufren no pocas empresas teatrales, es *el haber confundido el arte con la pornografía.*

La pornografía se presenta descaradamente al público desde las postales, diarios y revistas ilustradas, desde las novelas, desde la película y desde el escenario. Nadie que tenga una pequeña dosis de sentido moral y de discreción dirá que semejantes elementos contribuyan á la regeneración artística, moral y cultural de un pueblo. En cambio, sería sumamente fácil presentar una estadística horrorosa de degenerados, víctimas de semejantes publicaciones y exhibiciones pornográficas.

Este defecto entre nosotros produce principalmente tres males: relaja y mata los sentimientos religiosos, pervierte la conciencia social desnaturalizando las sagradas nociones y elementos que la constituyen y nos desacredita ante las naciones cultas, rebajándonos al nivel de un pueblo sin espíritu. Es incalculable el mal efecto que se deja sentir ó produce en la conciencia religiosa un cuadro, una obra, una acción de carácter pornográfico. Empieza por crear una especie de indiferencia religiosa y moral que rebaja insensiblemente el sentimiento de fe y termina degenerando completamente en incredulidad. Ofusca la conciencia que se empeña en justificar sus transgresiones contra la ley moral. El error no siempre se forma en la inteligencia, brota frecuentemente del corazón; de allí sale aquella

densa humareda que ahoga los buenos instintos y los encona y embravece contra Dios. El hombre que se acostumbra á contemplar el vicio cara á cara y se entrega sin rubor á sus excesos, ha perdido ya la noción de conciencia, no tiene ley moral que regule sus actos de más compromiso, decae y pervierte absolutamente sus sentimientos morales y su buen gusto.

Así como hay naciones que ejercen una influencia fatal sobre otras, porque presentan una fuerza sugestiva que parece inclina fuertemente á otras de menor importancia á que las imiten, como sucede con nuestra vecina república; hay otras, en cambio, como la nuestra, que no ejercerá, es verdad, este apostolado fatídico, porque no tiene el mismo ascendiente que las de referencia, pero, no cabe duda, que recaerá sobre nosotros una nota de ignominia que nos colocará en un nivel infimo en el concierto de los pueblos civilizados. No la sienten la vida y la prosperidad de la nación los que se muestran partidarios del desarrollo pornográfico en el teatro y en las demás manifestaciones de la vida social. Desacreditan ante la crítica sensata nuestro gusto literario y artístico, y comprometen la tradición gloriosa que nos han legado nuestros antepasados, y, por fin, inutilizan la influencia moral de nuestro país.

Comprensión de la pornografía.—En su uso corriente esta palabra es empleada como sinónima de *inmoral*. No obstante, hay muchas cosas y actos condenados por la moral, sin que por eso sean verdaderamente

ALTAS NOVEDADES

para entretiem po é invierno
de las más importantes fábricas

Plaza Sta. Ana, 24
y Capellans, 17.

Sastrea LA EUROPEA



PRECIO FIJO

pornográficos: el robo y el asesinato son inmorales, mas en sí no son pornográficos. Según el sentido que le da su raíz griega, consiste en hablar, escribir y hacer ciertas cosas inmorales, que el criterio del lector acertará fácilmente, sin necesidad de que las consignemos.

Mas en el fondo es la forma principalmente lo que da el carácter pornográfico; así el historiador, el médico, y el novelista que lo tratan cada uno bajo su punto de vista, el primero para estudiar el desenvolvimiento de ese germen de inmoralidad á través de las edades, el segundo con el plausible objeto de precisar su naturaleza y señalar sus deplorables efectos con las medidas de terapéutica que se juzguen más oportunas, y el novelista con la sana intención de reprobar y condenar lo que condena el más elemental sentido estético y reprueba toda regla de buen gusto. Y sin embargo, ni el historiador, ni el médico, ni el novelista merecen la predicha censura. El objeto más bajo y el fenómeno más vidrioso y delicado de la vida humana, pueden ser tratados de una manera noble y decorosa. Ordinariamente los fenómenos que caen bajo estas censuras son los que se refieren á un amor que degenera en pasión; ora se manifieste ésta desde el libro, desde la palabra ó desde la escena. La forma provocativa que lo acompaña, es la que acentúa el carácter ó valor pornográfico.

No insistimos sobre las relaciones que esta rama de la inmoralidad guarda con las buenas ó malas costumbres, porque á más de ser un asunto de sí ingrato, es un punto que el más elemental discurso nos lo presenta con claridad meridiana.

Nuestros cines. — Es otro de los objetos que deben preocupar á las personas amantes de la moralidad. Hay una época en la vida llamada comunmente de la *pubertad* (de 12 á 15 años), la cual señala el punto de partida para casi todas las manifestaciones del espíritu. En este período es propiamente cuando se inician los movimientos afectivos cuando se depositan y fijan las principales imágenes en el cerebro y cuando la naturaleza misma experimenta profundas modificaciones orgánicas en su crecimiento y múltiple desarrollo. En esta edad, un niño y una niña no tienen aun dirección alguna que les incline por un camino con preferencia á otro; su vida es absolutamente inconsciente, sin reflexión, sin intervención propia; se mueven é inclinan exclusivamente por la indicación y dirección de sus padres ó maestros. Podríamos calificar este período de vida en los órdenes mental y moral llamándole *vida artificial*.

Lo detestable de la conducta de muchos padres de familia está en que, precisamente en esas edad, cuando el espíritu busca principios directores que le orienten hacia el porvenir, cuando el cerebro no posee aun imágenes que trastornen la vida interior, cuando no siente aún aquellas emociones más ó menos intensas que encarnan el esqueleto de nuestra primera vida mental, cuando se inician los grandes movimientos pasionales, que inclinan hacia sí las grandes ó insignificantes ideas, en momentos tan críticos, es sumamente detestable que un padre, una madre, un tutor, sin conciencia del crimen moral que van á cometer, tomen por la mano al hijo de sus entrañas y tranquilamente y serenamente sin extremecerse

ante la acción nefanda que va á ejecutar, le acompañen á contemplar un cuadro, una escena inspirados en realismos de mal género, en pasos abominables de la vida humana, que no caracterizan ni caracterizan jamás nuestra condición racional y moral.

¿Cuál es el efecto inmediato que esto produce en el alma del niño? A la vista tenemos un número considerable de niños y jóvenes rebeldes y desequilibrados en su vida moral pervertidos en sus costumbres é incapaces de reformar y modificar el curso fatal que en el cine inmoral se les había iniciado.

Efectivamente: el lector sabe, sin duda, que tal como funcionan la mayor parte de los cines en nuestras ciudades, se ofrecen á la vista del público una serie interminable de películas, en las cuales se ven ó representan la apología del vicio, la imagen cruda y descarnada de la inmoralidad, sacada de su dilatada esfera pasional; allí se escarnea la religión, la caridad y la justicia; se burlan la autoridad y la vigilancia de un padre allí se enseña á los niños á ser malos hijos, á las niñas á ser frívolas, románticas, excesivamente impresionables y á vivir completamente alejadas de la vida real. Fácilmente pueden calcularse los efectos desastrosos que en el modo de ser de los niños han de producir necesariamente, imágenes, ideas, emociones, impresiones y movimientos pasionales sugeridos, suscitados y fomentados por obra y gracia de los cines. Una imagen y una expresión obscena depositadas en el cerebro del niño es un germen que tiende á desarrollarse hasta producir frutos amarguísimos de pasión, de aberración y de destrucción orgánica y mental.

Y no vaya á creerse que es simplemente en los púberes en quienes se producen esos trastornos y desequilibrios, que marcan un curso lamentable y fatal á su porvenir; es también en las personas mayores en quienes se dejan sentir semejantes trastornos y perturbaciones, si bien en ellas revisten otro carácter y otra forma, que no por ser diferente, es por esto menos grave. Si fuéramos á eximiar la ocasión, el motivo ó la causa verdadera de no pocas aberraciones afectivas, de ciertas infidelidades conyugales, de caracterizados vicios de la juventud, de profundas alteraciones domésticas, de numerosas víctimas económicas y de sensibles muertes prematuras, no cabe duda que lo hallaríamos en aquel germen fecundo que se depositó en la naturaleza de la víctima ora en forma de imagen realista, ora de impresión intensa y viva, ora de excitación pasional.

El lector sabe perfectamente que no exagero en los cuadros que acabo de presentarle; el proceso psicológico ó, mejor dicho, patológico que siguen esos elementos perturbadores, tampoco ofrecen dificultad alguna, según lo confirma la observación cotidiana.

Nuestras relaciones. — Es preciso moralizar los vínculos que unen los miembros de la sociedad, es decir, hacer más cristianas nuestras relaciones domésticas y sociales. Queremos mejor comprendido y orientado el amor de madre, más íntimo, más real y cristiano, más consistente el amor de esposa. Queremos que figure en el programa de la reconstitución del orden moral en nuestras ciudades un artículo que rectifique el sentido de justicia en las relaciones sociales,

que afirme los derechos de la caridad, que garantice los derechos del ciudadano. Los hechos demuestran claramente que se han venido falseando estos conceptos en no pocas ocasiones, como igualmente que se han relajado los sentimientos de fraternidad universal: no hay justicia en los conceptos, hay exageración en las censuras, no hay sinceridad en las comunicaciones más íntimas; en una palabra, falta con frecuencia el espíritu ó el sentido cristiano que debe informar toda nuestra conducta de relación social.

Cada uno de estos puntos se presta á ser desarrollado extensamente, toda vez que entrañan lo más esencial de la vida que debe observar el cristiano en la familia y en la sociedad.

Las circunstancias que acompañan la vida moderna exigen más que nunca que el amor y la unión de la familia sean muy intensos. El esposo encuentra por las calles de una ciudad mil escollos y agentes provocativos, de los cuales difícilmente se sustraerá si no lleva un fondo regular de cariño hacia su esposa ó una buena formación dentro de la ley de Dios. A la mujer, por otra parte, se le presentan repetidas ocasiones, se le ofrecen halagos de todo género, incentivos de vanidad que no seguirá mientras posea en casa el objeto de su felicidad y vea y experimente una cristiana fidelidad.

No queremos insistir más exponiendo un punto bastante vidrioso, á pesar de que había de sernos muy cómodo y sumamente fácil trazar cuadros internos y externos de vida doméstica y social, tales como nos los ofrece abundantemente la realidad de todos los días. Terminaremos este sencillo trabajo advirtiéndolo:

La situación crítica de la moral en los tiempos presentes. — No creemos nosotros que la moral desaparezca, porque la acción de la gracia divina y de la Iglesia católica puede incomparablemente más que los agentes de corrupción. La sociedad, además, siempre tendrá en su seno un núcleo selecto de ciudadanos que la honrarán con su acrisolado sentido moral. Nos referimos simplemente al perjuicio que acarrear á los intereses morales de una ciudad los elementos que acabamos de exponer. La inmoralidad en la calle, la pornografía en el teatro y en el cine, la falta de sentido de justicia, de caridad y de moralidad en las relaciones humanas, todos estos son datos desconsoladores para el sociólogo y el moralista.

La moral se halla rodeada de enemigos en todos los terrenos. Si hubiéramos de formular el proceso de las construcciones morales contemporáneas empezaríamos por el amoralismo ó immoralismo de Nietzsche, y seguiríamos por la moral exclusiva de la lucha por la vida; del positivismo humanitario que exige el sacrificio sin género alguno de compensación; del utilitarismo bajo todas sus formas; de la moral sociológica, de la moral de la solidaridad y del individualismo libertario. Por otra parte, en el terreno práctico, se encuentra que el hombre ha de luchar contra las pasiones, contra un ambiente muy denso y contra una herencia que ejerce una influencia fatídica y perniciosa. Esta serie de elementos ponen á la moral en situación crítica, la hacen más difícil de ser observada.

Quedan todavía por consignar dos posi-

ciones falsas de la moral, cuales son: la moral independiente y la moral evolucionista. En libros adocenados que circulan por nuestras ciudades, se defienden tamaños errores, y penetran sutilmente en la inteligencia de la juventud, la cual asiente, en gran parte, con facilidad suma, porque encuentra su lectura un terreno abonado por predisposiciones pasionales. Si este trabajo tuviera una finalidad puramente teórica, expondríamos las corrientes principales de la moral evolucionista, siquiera fuese para que se vieran las proporciones alarmantes que en filosofía han adquirido. Mas no es nuestro ánimo entretener al lector en consideraciones estériles, en lucubraciones áridas que á nada práctico nos habrían de conducir. Después de todo, el movimiento de la moral hacia «la cultura ética», que en el fondo es el *altruismo*, á pesar de la propaganda de que ha sido objeto no ha arraigado, ni aun entre sus partidarios.

Esta situación de la moral compromete la situación del arte, pues emplear ciertas formas de refinado sensualismo, hasta el punto de provocar náuseas, eso no es arte, es un síntoma de podredumbre moral más que de habilidad técnica.

**

Conclusiones prácticas.—Todo ciudadano está más ó menos convencido de la verdad y trascendencia que entrañan las proposiciones que acabamos de emitir. Por grande que quiera suponerse la inconciencia de los transgresores, jamás se nos demostrará que ellos no alcanzan á ver con una regular claridad, que con su asistencia á cines, teatros y otros espectáculos inmorales, que comprando periódicos é ilustraciones pornográficas coadyuvan en forma positiva á la difusión del mal, fomentan y dan vida próspera á instituciones desnaturalizadas, ó, mejor dicho, creadas expresamente, según parece por el espíritu que las anima, para pervertir nuestras ciudades, para trastornar la humanidad, para enseñar gráficamente la práctica del vicio.

Todo esto es verdad, y, no obstante, las gentes no se abstienen de prestar su concurso á obra tan nefanda, no saben encauzar un movimiento formidable de propaganda y de acción para modificar radicalmente unas instituciones destinadas por la divina providencia para edificación de la sociedad. ¿Qué hace falta? El concurso de la voluntad.

Creemos que ha llegado la hora de llamar la atención de los ciudadanos—y son muchos—que se preocupan y se interesan por la marcha progresiva de la sociedad, á fin de que redoblen su actividad y constituyan centros y ligas que interesen toda su conciencia en la extirpación de la inmoralidad que venimos censurando, que interesen su honor y, sobre todo, sus sentimientos cristianos en no favorecer ni coadyuvar pecuniaria ó personalmente á empresas que nos degradan, que marcan un retroceso notable á nuestra civilización. No queremos suponer en la inmensa mayoría de los ciudadanos una dosis tan imperceptible de voluntad y de buen sentido, que no les deje ú oblique á pasar por encima de una serie de preocupaciones sociales, que les estorban toda cooperación á la obra de regeneración social. No queremos tampoco suponerles un criterio tan pobre y tan reducido, que no les deje ver otras mil formas de expansión y de recreo, incomparablemente más higiénicas y prácticas, que sustituyen con ven-

taja á las formas reprobadas por la ley de Dios y por el instinto de conservación.

Es altamente consolador, por otra parte, abre el corazón á la esperanza y deja presentir un mejoramiento notable en la constitución física y moral de nuestra juventud, la afición y el entusiasmo que revive y se agita en nuestros días por la vida de *sport*, como vulgarmente se dice. Conviene dar curso próspero á un movimiento higiénico y educativo, que ha de reportar bienes incalculables á nuestra juventud, que ha de formarla más robusta y vigorosa, mejor

equilibrada en sus ideas, en sus sentimientos y en sus pasiones, más morigerada en sus costumbres y, como resultado final, mejor orientada dentro del sentido cristiano.

P. FRANCISCO DE BARBENS

(Del «Boletín de N. S. de Pompeya»).

BRIGHS **SOMBREROS**
ARCHS - 3

Utilidad de adoptar un ritual para la enseñanza de la moral en las escuelas

Pedro Corominas, moralista independiente, ha presentado al Congreso de La Haya esta memoria, en el fondo de la cual rinde homenaje á la eficacia de los procedimientos de la Moral católica, de la que se ha emancipado.

I

La moral religiosa ofrece al hombre la práctica de la oración para devolverle la unidad espiritual cuando siente que le faltan las fuerzas que le sostienen en la práctica del bien obrar. A todas horas y en todas partes puede el hombre rezar: en la soledad ó en compañía, en la iglesia, en la casa del vicio ó en la plaza pública.

Por débil que sea su base sentimental, la oración constante, porfiada, va siendo cada vez más sincera y acaba por fortalecer, vivificar y purificar al hombre. En todas las confesiones religiosas, la oración toma formas individuales y colectivas, en un conjunto más ó menos sistemático de prácticas interiores y exteriores que constituyen su ritual.

La iglesia católica saca de su ritual una gran fuerza de cohesión y de retención de las almas. Pascal consideraba como un medio de que la fe bajara de la cabeza al corazón el obrar como si se creyese, tomando agua bendita, oyendo misa y diciendo oraciones, en la seguridad de que tales acciones provocarían en el corazón la fe de que eran señal. Y es cierto que nuestros actos y hasta nuestros gestos y los movimientos de los músculos del cuerpo contribuyen á fortificar el sentimiento de que son habitual manifestación.

II

Pero hoy, el ritual religioso ha venido á ser para muchos cosa muerta, sin la menor base sentimental, y de aquí que no sea generalmente utilizable en la educación moral del hombre futuro. La existencia de millones de hombres civilizados que edifican su vida moral al margen de toda confesión religiosa, es un hecho que reconocen aun los escritores mas afectos á todas las confesiones cristianas. La oración no tendría para ellos ningún sentido; el agua bendita, ni las misas, ni los hábitos de Pascal podrían restaurar en ellos un sentimiento que se ha enfriado hasta morir.

III

Y no obstante, es indudable que los europeos y los americanos de hoy han llegado á alcanzar un sentimiento común de las revelaciones entre los hombres, de tan alta nobleza, que sería por sí solo el honor de la moderna civilización occidental. Todas las concepciones filosóficas y la parte dogmática viva de las confesiones religiosas en los europeos y americanos de hoy, sacan su

valor motor de ese depósito sentimental común que nos permite juzgar sin divergencias fundamentales la conducta moral de los hombres.

Esa moral, que no es antirreligiosa, pero que no puede someterse al control de ninguna confesión religiosa, empieza á enseñarse en las escuelas, sin que sea razón suficiente para negarla la actual incoherencia de sus manifestaciones. Es indudable que los elementos antropomórficos del cristianismo daban un supuesto imaginable de gran cohesión á la moral religiosa, y la moral ática ni dispone de una fuerza de cohesión parecida, ni cuenta con un ritual para retener las almas.

IV

Muéveme esto á proponer que se estudie y se adopte en las escuelas un ritual de moral cívica. Más que de una práctica reconfortante de la vida interior, se trata de un método pedagógico para seguido en las escuelas. Sería grotesco escarnecer las religiones con la adopción de un sistema de actos y ceremonias arbitrariamente imaginados, que difícilmente adquirirían un valor motor. No es en la imitación exterior del culto religioso donde hemos de buscar los ritos educativos de la moral nueva.

La oración y el culto son la expresión de lo más íntimo y de lo más social que hay en el sentimiento religioso. Asimismo, las prácticas que se adopten en las escuelas para fortificar en el alma del discípulo los principios de la moral cívica, han de estar basadas en la más honda concepción del común sentimiento de que hace poco hablabamos, como ahora el gesto exterior de sus virtudes.

V

Otra condición del rito es que consista en la manifestación de inclinaciones humanas irresistibles. Así que el hombre se dió cuenta del sentimiento de la divinidad, debió de experimentar un anhelo ardentísimo de amor, mezcla de sumisión y de súplica, de ascensión y de compenetración con la substancia divina.

Esta fué, desde un principio, la esencia de la oración, tanto, que el primero que enseñó al hombre á rezar no hizo más que dar una forma lógica ó un contenido intelectual ó dogmático á la primera inclinación irresistible.

Si los ejercicios pedagógicos de educación

moral no han de ser juegos superficiales sin ninguna influencia en la formación ética del muchacho, será preciso que den forma a una inclinación irresistible que sea al mismo tiempo la expresión del sentimiento que en su alma comienza a jugar en términos claros y categóricos, la conducta propia y la de los demás.

VI

Otra de las condiciones que tendrá que reunir un buen ritual escolar de moral cívica, es que no resulte ofensivo ni humillante para los niños a quienes eduquen sus padres en cualquiera enseñanza confesional o laica. El católico y el protestante como el racionalista ateo, coinciden en la aplicación del noble depósito de principios morales al discernimiento de los actos buenos y de los que no lo son. Y esa fuerza espiritual que nos retiene en el amor a la sociedad humana, a pesar de sus luchas y miserias, ha de presidir las prácticas de la escuela encaminadas a vigorizar en el niño la unidad del ser en la realización de la virtud.

VII

El ritual de moral cívica tendrá que ser sencillo, para que el niño no se pierda en la interpretación de acciones complicadas; cotidiano, para que con su insistencia llegue hasta los lugares más íntimos del alma, y de tal naturaleza, que ponga en movimiento todas las fuerzas físicas y espirituales del ser. Por él, la moral del niño se fortalecerá y se asociará a una acción voluntaria, y aunque no se practique sistemáticamente más que en las escuelas, mucho será que en las horas desventuradas de la existencia, cuando la voluntad se entrega a la tentación del mal, no encuentre el hombre en el puro recuerdo de semejantes ejercicios una fuerza alentadora que escuche su llamamiento y acuda en su socorro.

VIII

Este ritual ¿qué forma concreta debe revestir? Esta comunicación no quiere ser un camino, sino la sencilla exposición de una necesidad. En los países en donde la enseñanza está libre de toda influencia confesional, hay maestros e institutrices que trabajan con abnegación en la formación ética de sus pequeños alumnos sin recurrir a los elementos antropomórficos y a los ejercicios rituales que proporciona la religión. El contacto emocional con los niños les da la más íntima visión de las virtudes y de la forma que habría de tener el método que proponemos. Lo que ellos hacen es ya un ritual: si en futuros Congresos nos contaran los ejercicios, las prácticas, las ceremonias, todos los procedimientos por ellos imaginados y ensayados en la enseñanza de la moral y en la formación del carácter, encontraríamos que lo que proponemos está ya en marcha.

Y si así fuese, sólo tendríamos que escoger, para generalizar el ritual que resultara más bello y profundamente humano, más conforme a los principios que ya hemos fijado en esta comunicación.

PEDRO COROMINAS

ENFERMEDADES de la PIEL y CABELLO

SIFILIOGRAFÍA

Dr. Umbert - Calle Canuda, 62

Notas bibliográficas

Sobre la significación nacional de una edición catalana del Evangelio

A propósito de

**El Sant Evangeli de N. S. Jesu-
críst y els Fets dels Apostols.**
Traducció de la vulgata llatina per *Don
Marian Serra y Esturi* Pbre. Vol de 520 p.
de 11x16. Subirana, Editor. Barcelona 1912

El renacimiento de Cataluña comenzó en el momento en que los catalanes descubrieron su patria y su lengua. Las etapas de nuestro progreso nacional se relacionan con el descubrimiento sucesivo de nuevas esferas de civilización: el arte, la política, la cultura, el estatismo, la técnica de gobierno. Lo primero que en el renacimiento los catalanes han descubierto ha sido la religión.

Porque antes, bien es cierto que hablábamos nuestra lengua, teníamos idea vaga de una región catalana, había aquí artistas y políticos y escritores y maestros y también sabíamos nuestras oraciones y teníamos idea indecisa de una Religión. Pero a la luz de la conciencia de pueblo, que hemos tomado, contemplamos todas estas cosas como si acabasen de ser inventadas, creadas o predicadas para nosotros en aquel mismo instante. Tienen un sentido y nos hablan al corazón, mientras que antes nada nos decía.

Es por qué no hay ordenador y orientador como el espíritu de nacionalidad. En nombre de Cataluña se obligó a los primeros catalanistas a profesar la virtud de la Sinceridad,—en sentido de Lealtad,—para sí mismos, para con los demás, para con la patria y para con el Estado. Y en virtud de este punto de apoyo patriótico de la virtud cívica, se purificó el sufragio y se intervino en el Parlamento. En nombre de Cataluña se predica hoy la honestidad del lenguaje, cosa que quince años antes hubiera sido imposible a pesar de que bien había quince años antes cierta capa de instrucción general sobre los deberes religiosos y civiles. En nombre de Cataluña estimulamos todas las virtudes y todas las actividades, porque sentimos que la mejora de nuestros hermanos de lengua, carácter, historia é interés, es el agente que habla más y más adentro y con mayor elocuencia en los hombres.

Era fatal, pues, que el resurgimiento, el abrir los ojos a todo lo que nos rodea, y verlo a una nueva luz y amarlo con frescura de corazón, nos condujese enseguida a un resurgimiento religioso. El artista quiere impregnar de su arte todas las manifestaciones de la vida nacional, el educador quiere elevar las inteligencias y los sentimientos y así todos refieren su amor personal a la gran obra colectiva, porque una voz interna les da la convicción de que este, es el verdadero plano y motor de la Eficacia. Porque en el fondo una intuición dice a nuestros hermanos al predicarles y descubrirles una cosa nueva: «así seremos buenos catalanes» expresión que es como un atajo para expresar que siendo buenos catalanes seremos buenos hombres.

Y es porque la nacionalidad no es una substancia, sino un modo. Cuando para

aludir a tipo superior de civilización, citamos al habitante de una nación adelantada y v. g. decimos un inglés, queremos decir un hombre que piensa, trabaja, goza, vive de una manera determinada y diferente de los otros hombres y de las otras naciones: en rigor nada substancial hace el súbdito del país de mayor progreso que no haga también el indígena más atrasado de la Polinesia. Se trata solo de maneras de pensar, trabajar, gozar, vivir... El papúa goza haciendo ruido con unas cañas huecas: el civilizado se deleita en las más sublimes deliquios de la música clásica. La substancia humana es la misma en ambos casos: el goce de los sentidos y la alegría del alma.

Hé dicho que una misma manera de pensar, trabajar, de gozar, de vivir, de amar es lo que caracteriza y agrupa los hombres y lo que hace querer más entre sí los que piensan, trabajan, gozan, etc., de un mismo modo que no en otra cosa consiste la noción de patria. Esta diferenciación también alcanza la religiosidad: hay distintas maneras de comprender y practicar la vida religiosa y estimulando el factor patriótico penetra y se arraiga esta más adentro de la naturaleza.

Cuando decae, el espíritu religioso decae también y se corrompe. Por esto, la entrada de Cataluña en una nueva vida ha sido sabida con entusiasmo por los hombres lealmente religiosos: porque la sangre nueva de Cataluña deberá remozar y vivificar el espíritu religioso en los catalanes, de la misma manera que ha vivificado su percepción artística, su capacidad política, su espíritu cívico, etc., es decir que les ha hecho y está haciendo cada vez más, más hombres.

En Verdaguer descubrióse el tesoro de misticismo del alma catalana; porque descubrir no es tener la noción de una cosa, sino sentirla, vivificarla dentro de sí é incorporarse a ella. Todos convenimos en que Colón descubrió las Indias Occidentales no cuando su espíritu adquirió la idea ni cuando tuvo la certeza de la existencia de un nuevo continente, sino cuando lo pudo ver y tocar con sus propios y personales sentidos. Por esto ahora los fariseos no nos entienden cuando decimos que hemos descubierto la moral, y se rasgan las vestiduras, escandalizados. Porque no queremos decir que hemos inventado la moral, sino que por primera vez nos sentimos incorporados a ella, con tal juvenil entusiasmo y frescura como si acabase de ser predicada para nosotros en aquel mismo momento. El día en que el hombre ama por primera vez descubre el amor. Y para él son entonces palabras vivas y llenas de sentido y palpitación, las palabras vanas y hasta los lugares comunes que encontró en los libros que de amor trataban.

Por esto no es suficiente saber de Cristo, es necesario descubrirle. Y la eficacia suprema de su Doctrina es el hacer posible el que cada cual le descubra dentro de sí mismo, y por sí solo. Y sin embargo, esto llega pocas veces. Cuantos son los que le predicán y los que le defienden, y no le han descu-

bierto todavía. «Sed vivos como El—dice Maragall (1)—y no autómatas como habéis sido de su Iglesia, de su Estado, de su oración, de su doctrina, de sus sacramentos».

Es decir «que sea hombre en Juan y hombre en Pedro y hombre en Diego, por qué no hay hombre sin hombre». Esto es, que sea hombre en cada uno de nosotros y que lo sea como lo somos nosotros y que le sintamos uno de los nuestros: que hable como nosotros, en nuestra misma lengua.

Y así publicar en lengua catalana el Evangelio es, en cierta manera, catalanizar á Jesucristo. Lo cual debe producir, simultáneamente, la acción recíproca de cristianizar á Cataluña.

La aparición por primera vez de una traducción catalana del Nuevo Testamento en el renacimiento de Cataluña, representa una etapa señalada, en nuestra ascensión espiritual. Representa que en la esfera de la vida religiosa ascendemos á un modo mejor y más sincero, de comprender á Jesucristo y de aprovecharnos é imitar sus enseñanzas. Somos un poco víctimas de las imágenes y tenemos una tendencia irresistible á proyectar en el tiempo la figura del Maestro, considerándola subordinada siempre al remoto ambiente y escenario en que lo han pintado los pintores veristas y arqueólogos del siglo XIX: de esa manera Cristo se nos aparece como una figura histórica y no con su plenitud humana viviente. Y de aquella manera su voz llega algo debilitada á nuestros oídos, y no vibrante como si hablase en este momento en medio de nosotros. Por algo los primitivos consideraban tan familiar la humanidad del Mesías, que le pintaban rodeado de figuras y de un escenario que eran contemporáneos al artista y al devoto.

«A cada pueblo—dice el Dr. Torras y Bages, Obispo de Vich, en la «Exhortación al piadoso lector», que precede la traducción de Mossen Marián Serra y Esturi—Dios habla en su lengua, á cada hombre le habla en el idioma de su alma; cada cosa, dice San Pablo, tiene su lengua y Dios por su Verbo eterno, las habla todas, y á cada uno le habla con la que le es propia.»

Una de las ficciones más deplorables que hay que lamentar todavía en buena parte de nuestro pueblo no conquistado todavía al nuevo espíritu, es el uso de la lengua castellana en las prácticas religiosas. Si se habla en familia ó vulgarmente en una lengua ¿como hablaremos con Dios con otra lengua que forzosamente ha de responder á un estado de espíritu distinto de la expresión sencilla de nuestro afecto? Algunos explican que el empleo del castellano en oraciones y devociones tomaba á los ojos del pueblo un sentido hierático: como un latín fácil y misterioso en su misma ininteligencia. Pero hay que conceptuar temerario este pretexto porque la Iglesia ha establecido que se dirijan á Dios los ministros en una lengua sagrada y el pueblo en su lengua vulgar, y no hay que quebrantar esta sabia ordenación. Bien al contrario la vanidad y todas las injustas prevenciones de la ignorancia, entran por mucho en este insensato empleo del castellano en sermones, funciones, oraciones y aún—según lo que se nos ha asegurado se practica en determinados medios sociales—la confesión! Los que practican esta monstruosa costumbre de emplear una lengua ajena para las más íntimas y secretas confidencias, debieran con-

ROYAL

Rambla Estudios, núm. 8

Todas las tardes Té - concierto

— Souper-concert á la salida de los teatros

RESTAURANT

— Menú desde 5 pesetas —

El Salón más elegante de Barcelona para banquetes y lunches

siderar el coeficiente *activo* y por lo tanto ajeno al espíritu religioso con que esta *pose* de un lenguaje espiritual distinto al lenguaje común empaña y perjudica la pureza y humildad de la devoción.

Hay mucho que reconquistar en Cataluña para el espíritu patriótico y para el espíritu cristiano. Sobre todo, la tarea de ennoblecer nuestra lengua catalana, debe comprenderse y ejecutarse, no solamente extirpando todas las indignidades de la turpiloquia, sino levantándola de la irracional degradación en que muchos la tienen, no considerándola suficientemente *distinguida* ni *aristocrática* para el lenguaje religioso. Claro está que este fenómeno sucede en la esfera donde la religiosidad es una de tantas formas *distinguidas* y *aristocráticas* de la vida social, en lugar de ser la íntima relación y convivencia con Dios. Y por aquí, al mismo tiempo que se enseñe á orar en catalán se irá enseñando el verdadero y humano sentido de la religión á muchos que hoy la poseen solo para satisfacer una superficial práctica de buen tono.

Por este camino, la divulgación del Evangelio en catalán y de todos los otros libros religiosos que han aparecido ya y de la vigorosa falange que asoma en el horizonte, no puede menos de ejercer una saludable influencia de espiritualización en nuestra sociedad catalana, porque el sentimiento formado al calor de estas palabras de vida reformará la mentalidad que hoy se aviene á hablar con Dios en una lengua que no es la que El nos dió; y con la falsa expresión pasará también la falsa religiosidad, toda apariencia, lujo y frivolidad, á cuyo mantenimiento, triste es confesarlo, han contribuido aquellos ministros del culto, que, fomentando y explotando el uso del castellano, han convertido en un catolicismo *de clase*, de *guante blanco*, nuestra Religión popular y universal.

De esta restauración social del Evangelio en la Cataluña renaciente, hay que esperar toda suerte de beneficios. El Evangelio catalán empalma ostentosa y solemnemente la tradición con nuestro renacimiento y con nuestra intelectualidad. Sobre todo, demuestra triunfalmente que cuando un pueblo renace, su resurrección es *íntegra*, lo cual prueba una vez más la vitalidad del espíritu religioso no solo como impulsor sino como *resultante* necesario de la civilización humana.

De la traducción de M. Marián Serra y Esturi solo hemos de decir que nos parece excelente en cuanto á lenguaje y pulcritud y esmeradísima en cuanto á la edición. Una división por conceptos de los capítulos hace fácil y cómoda la lectura; la ordenación por versículos aparece completa, y cui-

dadosa la confrontación de cada pasaje de un evangelista con los demás, y con el antiguo Testamento; las notas son harto abundantes; encabeza la traducción un buen plano en colores de la Tierra Santa en tiempos de Jesucristo; abre el volumen en el frontispicio la Santa Faz, una exquisita fotografía, y avalora la edición, la ya citada Exhortación del Dr. Tomás y Bages. Las condiciones materiales: impresión, papel, encuadernación, son tales que hacen de la primera edición moderna catalana del Evangelio un libro acabadísimo y hasta elegante, presentado en forma de volumen de bolsillo; y por ello cabe felicitar muy especialmente al editor señor Subirana.

Hemos dicho ya que este libro sería el precursor de una falange.

Para muy pronto se anuncian la publicación del Evangelio y Epistolario catalán, comentado, por el Dr. Clascar, la del Génesis, del mismo, que será, según las primicias que hemos saboreado, un gran acontecimiento á la vez religioso y literario. También se anuncia la publicación de la *Vida de Crist* de Eximenis, por M. Luis Carreras, edición que como la interiormente citada, es iniciada por el Institut d'Estudis Catalans.

Lo Sant Sacrifici. Carta-Pastoral del ILM. DR D. JOSEPH TORRAS Y BAGES, Bisbe de Vich.—Folleto de 36 páginas de 15x21 centímetros.—Llucíá Anglada. Vich, 1912.

Ninguna ocasión como esta para hablar de la última pastoral del Obispo de Vich, del cual se ha dicho que cuando habla es como cuando suena la *Tomasa*, la gran campana de la Catedral de Barcelona, cuyo tañido augusto, tan conocido de los barceloneses, no se oye sino en ocasión de llamar á todos los cristianos de la Ciudad, á alguna gran solemnidad á la vez religiosa y ciudadana. Esta última pastoral tiene además un valor muy especial y que le hace destacarse de entre las demás obras del Dr. Torras y Bages, mereciendo singular devoción de los catalanes, por cuanto en la misma se cumple un encargo póstumo de Juan Maragall. En efecto, nuestro gran poeta había solicitado del Obispo de Vich, en una de sus cartas, que escribiese una Pastoral sobre el Santo Sacrificio de la misa. En cierto modo pues, la presente carta apostólica es como un testamento y un favor póstumo que deberá á Maragall nuestra tierra y es una obra realizada por la simpatía y amistad de dos de los más grandes espíritus de la Cataluña renaciente. Es indudable que Maragall debió de pedir del Dr. Torras y Bages la explicación popular y humana de la Santísima Misa, como continuación al estado de espíritu con que escribió «La Iglesia cremada».

(1) «Elogio del vivir».